

# El Tratado de Libre Comercio y el Psicoanálisis

Por ENRIQUE GUARNER

**E**l 20 de enero de 1949 el presidente Harry Truman presentó ante el Congreso de Estados Unidos un programa de ayuda a las regiones subdesarrolladas y dijo en su mensaje: «Tenemos que lanzarnos a la realización de un nuevo y atrevido plan que aproveche los beneficios de nuestras conquistas científicas y avance industrial en favor de la explotación y desarrollo de los países pobres. Más de la mitad de la población del mundo está viviendo en condiciones que rayan en la miseria. Su alimentación es insuficiente y son víctimas de las epidemias. Asimismo la vida intelectual que resulta tan importante se encuentra estancada por falta de libertades políticas. La pobreza constituye un inconveniente y amenaza para las regiones más ricas. Por primera vez la humanidad posee los medios con el objeto de paliar el sufrimiento de estos pueblos».

Contra el aviso y la advertencia de sus consejeros, Truman sembró el campo para que Clinton 45 años después firme un Tratado de Libre Comercio entre Estados Unidos, Canadá y México haciendo desaparecer en forma paulatina las tarifas aduaneras.

Sin embargo, el concepto de un mundo homogéneo encuentra a su paso numerosos obstáculos. La razón parte de que la mayoría de los países en vías de desarrollo como el nuestro poseen climas subtropicales que ocasionan que un 70% de los habitantes del planeta apenas dispongan de un 10% de la producción agrícola o industrial.

Con frecuencia el subdesarrollo es consecuencia de estructuras defectuosas de gobierno, las cuales dan lugar al malestar social. La consiguiente inseguridad contribuye a que sea poco el capital que permanece en estas naciones. En otras palabras, ante el temor de las devaluaciones y el incremento constante de la

inflación, cualquier suma que pueda acumularse se transfiere a Estados Unidos, Suiza o Canadá, países que aunque bridan bajos intereses ofrecen la garantía de la protección del dinero.

Es por lo tanto poco el capital ahorrado que se queda y sirva para el desarrollo, lo que condiciona la producción de artículos de baja calidad. Lógicamente por más que se hagan campañas nacionalistas con el objeto de que se consuman los productos, ellos no se compran. El esquema que describo es visible entre nosotros donde la gente se inclina por los artículos que proceden del extranjero sentenciando que los locales son malos y caros.

Por otra parte en la mayoría de los países en vías de desarrollo nunca se ha podido implementar un sistema de impuestos a los ricos, fundamentalmente porque una buena parte de los millonarios en dólares resultan ex funcionarios o miembros de gobierno actuales. A lo anterior podríamos agregar aquello que denominaremos «moral fiscal». Es decir, que muchos de nosotros vemos las mansiones, automóviles lujosos, yates, servidumbre y guardaespaldas que rodean a las personas públicas y sentimos que resulta mayor lo que se invierte en ostentación que en los pobres.

Es más, nos sorprende que un buen número de las grandes obras que se construyen como supercarreteras se cobren, en tanto que al circular en automóvil por las calles de la ciudad caigamos en baches increíbles. De la misma manera tengamos que romper los amortiguadores al pasar sobre los famosos «topes» y lo peor es que cuando preguntamos sobre su disposición de carácter estratégico averiguamos que fueron colocados frente a la casa de algún secretario de Estado, senador o diputado.

Todo lo que relato se relaciona con el Tratado de Libre Comercio entre Estados Unidos, Canadá y México. El problema reside en que los dos miembros fuertes del grupo, han establecido desde hace un siglo sis-

temas democráticos basados en elecciones libres, limpias y carentes de fraude. Ellos alternan partidos en el poder y permiten en los medios de comunicación pluralidad de opiniones. En cambio en México dejan de cumplir la mayor parte de las premisas anteriores, lo cual nos coloca en inferioridad frente a ellos.

Es por esta razón que los tres años y medio transcurridos hasta la firma del Tratado no nos han dado ventaja alguna, excepto el que añadamos al bloque recién formado un aumento considerable de pobres. Por supuesto que si las corporaciones norteamericanas ricas se deciden a invertir en México, habrá una elevación del empleo más que nada a consecuencia de la mano de obra barata. Lo anterior es sumamente triste puesto que nuestro deseo sería que no constituyéramos la «oveja negra» entre las tres naciones.

## Aspectos psicológicos

Lo primero que tenemos que tomar en cuenta es la posibilidad de identificarnos con nuestros vecinos del norte para competir con ellos. Este trascendental problema sólo puede resolverse cuando las personas de los países en cuestión encuentran atributos comunes compartiendo satisfacciones y frustraciones semejantes, se prestan mutua asistencia y persiguen las mismas metas económicas y políticas.

El prototipo de la identificación podemos hallarlo en la relación del niño con sus padres. Desde sus comienzos el pequeño imita a los progenitores que lo cuidan, le dan afecto y gratifican sus necesidades. Este proceso se facilita al observar su parecido físico, el saber que se llevará el apellido y que se formará parte de la misma familia.

Una vez que somos adultos buscamos personas con características similares a las nuestras y con las que coincidamos. El ejemplo lo podemos encontrar en una corrida de toros cuando el espectador de junto grita:

¡Olé! y sentimos que experimenta la misma emoción que uno. En otras palabras, nos solidarizamos con el deseo de que triunfe el mismo torero.

El problema de unir la identidad de nuestro pueblo con el norteamericano es sumamente complicado y se deriva tanto de aspectos históricos como de rasgos de carácter distintos. Para los habitantes de Estados Unidos su forma de gobierno resulta superior a las demás, e incluso han llegado a la conclusión de que aquella que no se asemeja a la suya no constituye una verdadera democracia. Debe agregarse que la persona es libre y que una pareja de periodistas del «Washington Post» pueden acusar y llevar a la renuncia a un presidente.

Estados Unidos se formó sin elementos autóctonos, por emigrantes que procedieron de diferentes partes del planeta. Este conglomerado mixto perdió su identidad original resultando totalmente absorbido para adquirir una nueva imagen, la de ser «americano». Fue en la escuela donde abandonó las características psicológicas previas al imponerle al niño la idea de que pertenece al país más poderoso de la Tierra, en donde se goza de la mayor libertad y oportunidades. Desde que el pequeño se pone en contacto con sus profesores aprende a retórica y la recitación. Además se le industrializa dándole las mejores bases técnicas, de tal manera que antes de los doce años sabe manejar una computadora.

De adulto el norteamericano adquiere características obsesivo-compulsivas, aislando frecuentemente los afectos, pero se convierte en un ser sumamente productivo. Nadie puede poner en duda su laboriosidad y a muchos nos llama la atención su capacidad para explotar lo natural, de tal manera que Estados Unidos es el único país verdaderamente auto-suficiente, puesto que elabora cualquiera de los productos existentes en el mundo. Por lo tanto solamente hay un elemento que les interesa



de México y que rara vez es mencionado, el petróleo. Este punto resulta fundamental y ha sido mantenido secreto en el Tratado, pero no existe duda alguna de que los norteamericanos se exceden en el consumo de energéticos que provienen del Medio Oriente y nuestros yacimientos y reservas están muy cerca.

Con respecto a México diremos por las razones que expresé y la terrible corrupción que el gobierno carece de respeto. Sin embargo, a pesar de la ausencia de democracia, el país posee una clase humilde con una inmensa bondad y buena capacidad hacia el trabajo, la cual se puede observar en los braceros o el personal de las maquiladoras que cuando son bien remunerados laboran sin descanso. Fue curioso durante el debate en la Cámara de Representantes que resultaron los que se oponían a la firma del Tratado, quienes más defendían a los trabajadores mexicanos.

Debo agregar que descontando al horripilante Distrito Federal, nuestras ciudades son atractivas y originales, contrastando con lo estereotipado de las norteamericanas. También nuestro paisaje y playas son superiores en cuanto a belleza.

Históricamente cuando los españoles llegaron a México hallaron una cultura floreciente por lo que decidieron, una vez que convirtieron a las indígenas, mezclarse con ellas. Para lograr lo anterior erigieron diez mil iglesias, muchas de las cuales constituyen joyas del barroco.

El mestizaje resultante creó una nación de contrastes, donde la masculinidad se derivó de los peninsulares y la femineidad de los nativos. El cruce provocó como rasgo de carácter la in-

seguridad así como el temor a la castración y una defensa por medio del machismo.

Creo que quien mejor ha descrito nuestras dificultades en la identidad fue Samuel Ramos quien señalaba: «El mexicano no desconfía de tal o cual hombre, o de tal o cual mujer; desconfía de todos los hombres y de todas las mujeres. Su susceptibilidad no se circunscribe al género humano, sino que se extiende a cuanto existe o suceda. Si es comerciante no cree en los negocios, si es profesionalista no cree en su profesión y si es político no cree en la política».

Para Ramos la vida en México no se desarrolla en un plan determinado y nos dice: «Cada uno piensa en sus fines inmediatos. Trabaja para hoy y mañana, pero nunca para después. El porvenir es una preocupación que ha abolido su conciencia. Nadie resulta capaz de aventurarse en empresas demasiado lejanas, porque se ha suprimido una de las dimensiones más importantes: el futuro».

Podríamos concluir que por medio del Tratado de Libre Comercio se están uniendo pueblos disimilares. En los dos desarrollados predominan los rasgos de carácter obsesivo-compulsivos, mientras en nosotros prevalece la paranoia. Lo anterior pone en duda el entendimiento y la identidad de los tres países involucrados.